

Los años infames

Txema Arinas

IANO

*Llamarla mía y nada todo es uno
Aunque naciera en ella y siga a oscuras
Fatigando sus tristes espesuras
Y ofrendándole un canto inoportuno*

(Jon Juaristi, PATRIA MIA, “Suma de varia intención”)

LOS AÑOS INFAMES

I

La loca de la autopista.

Como sigas a esa velocidad te vas a salir de la carretera. Nadie ni nada, que no sean tus fantasmas, te persigue. Querías poner pies en polvorosa y de momento sólo has dejado atrás Pancorbo y probablemente a unos parientes que a estas horas estarán absolutamente atónitos. Dentro de tres horas a lo sumo estarás de vuelta en tu casa de Madrid. Sí, también es tuya, todavía sigue siéndolo por mucho que renegaras de ella hasta ayer mismo, con tu madre y todo lo que la rodea, aquello que hasta hace poco decías que sólo servía para alimentar su encono contra el mundo. Porque deja ya de engañarte a ti y a cuantos te rodean, sabes que no sólo estás en deuda con ella porque te ha dado la vida, sino también porque es la mujer que te ha estado protegiendo todos estos años del daño que te podías hacer a ti misma, motivo por el que ahora corres desesperada a su encuentro, además de tu madre, también seguirá siendo la sombra bajo la que siempre se podrán cobijar sus hijos, no importa lo díscolos que hayáis sido, sobre todo tú, Laurita, la eterna renegada que ahora regresa con el rabo entre las piernas, exactamente tal y como ella te lo había pronosticado, segura de que, a pesar de estos

tres largos meses de desaire premeditado a todo lo que ella representaba, incluso, si bien que del modo más escabroso e inopinado que podrías haber imaginado nunca, a la memoria de tu padre.

El cuatro latas sobre cuyo volante parece haberte desmoronado para ocultar tus lágrimas a los escasos automovilistas que te adelantan en la autopista resiste a duras penas los embates del viento, de modo que desaceleras antes de que una ráfaga homicida ponga fin a esta huida contra la valla metálica de la autopista. No te has vuelto loca, no es en el suicidio en lo que piensas, si quisieras matarte no habrías esperado al día siguiente para estrellarte con el coche, podías haberlo intentado anoche arrojándote por la ventana de tu cuarto en la casa de tus tíos, tu vida no ha dejado de tener sentido porque un hijo de puta haya echado a perder tu propósito de reconciliarte de una vez para siempre con la memoria de tu padre y su entorno.

El hijo de puta del que huyes se queda a tres horas de carretera de donde vive tu madre, ese hogar al que, quizás sólo hasta ayer a la noche, siempre te referías como el destierro, a estas alturas y sin lugar a dudas la más probada de tus imposturas.

Si las carreteras de Castilla no fueran una recta infinita hace ya un rato largo que habrías levantado el pie del acelerador, este mar de cetrinos trigales de finales de mayo, surcado de hilos electro-telefónicos por doquier y salpicado de pueblos donde el adobe empieza a prevalecer y que supones abandonados de acuerdo con el tópico al que recurrimos cuando hoy en día se nos plantea la necesidad de describir este paisaje por el que solemos transitar con más prisa que curiosidad. Pero por qué sólo de adobe, si prestaras más atención a lo que ves a tu paso, más bien si tuvieras el ánimo para hacerlo -y siempre teniendo en cuenta que esta estampa que

describo sea lo que realmente estás viendo en este mismo momento, a doscientos kilómetros por hora por la nacional 1, eso y que te cuesta distinguir tu tramo de la carretera con los ojos empañados de ira, no sé hasta qué punto en el asco que debes sentir por ti misma, y no esa otra, prefigurada, a la que recurre tu memoria, cargada de tópicos como el que acabo de citar e impresiones que siempre son fugaces por pura indiferencia, esto es, para salir al paso y también para que los lugareños te cojan una tirria de por vida-, también verías el modesto románico, cuando no el mohíno sillarejo de un castillo o sus ruinas, de esta tierra secularmente anclada en el Medioevo, encinas desperdigadas a modo de espantapájaros, solitarias naves industriales de productos agrícolas y -me tienta decir que de acuerdo con una secuencia que se diría trazada a cartabón sobre el mapa de carreteras- los sórdidos, cuando no de una extravagancia y dimensiones, que a ti, como mucho, y a pesar de que la idea, con todo lo que llevas encima, se te antoja una frivolidad al cuadrado, te remiten a unas Vegas en pequeño, en cutre con olor a heno, los puticlubes de rigor, verdaderas áreas de descanso para almas solitarias o simplemente insatisfechas, con sus más o menos explícitos letreros de neón, a estas horas tan tempranas como en una actitud de recato y hasta de contrición, Sea como fuere, este trayecto, que te es tan familiar por haberlo hecho antes en infinidad de ocasiones, ahora se te antoja interminable, precisamente hoy que ardes en deseos de alcanzar esa otra vertiente en la que adivinas a tu madre esperándote con los brazos abiertos y, cómo no, si es que te lo has ganado y con creces, un reproche, el reproche.

—Ya te dije que no se te había perdido nada allí arriba.

Y recuerdas el viaje de ida con la música a todo volumen, iba a empezar una nueva vida lejos de casa, de la abo-

gacía, de Ángel, y en especial de ella y sus veinte años de resentimiento a cuestras.

—Ya te dije que no se te había perdido nada allí arriba.

La música de Luz, sencilla alegría cuando miro a tu alrededor, lo primero que tenías a mano, mentira, reconoce que tienes la costumbre de recurrir a ese CD como tónico para el buen humor, feminismo en verso, solías decir. En cualquier caso, el CD que internaba en el reproductor del coche era uno de *bossa nova*, poco apropiado para un destino en ese norte cantábrico en el que el sol brilla a regañadientes y que casi siempre es seguido por unas nubes que tienden a desparramarse sobre el suelo en forma de eso que allí arriba —como dice ella por miedo a mentar un topónimo que enseguida le traería los correspondientes malos recuerdos— llaman chirimirí.

—Sólo a ti se te ocurre dejarlo todo para irte a una tierra donde nunca nos han querido.

Siguen las cosas donde ayer las dejé yo.

Porque sólo han sido tres meses fuera de casa, suficiente para saber que tu sitio no estaba allí, en lo que una vez proyectaste como una nueva vida a tres horas de tu madre, sus reproches y sus caprichos, la manera más rápida y efectiva de perder de vista al imbécil de Ángel y todo lo que él representaba, la certeza de que sólo allí, y gracias al empleo que te había ofrecido de antemano tu tío Antonio, no volverías a caer en la tentación de ejercer la abogacía, siquiera por pura necesidad. Puede que incluso un reencuentro con tus raíces, así y todo inconfesable delante de ella, por no dar pie a que ella creyera que de esa manera se confirmaban sus peores augurios acerca de una hija algo más que descastada, una traidora, sino junto a los tuyos, con los que de verdad lo son y no sólo se empeñaban en serlo, como suele decir ella, siem-

pre rezongando detrás de ti cuando llamaban para felicitarte por tu cumpleaños o en Navidades, inquiriéndote para que colgaras con la excusa más que mezquina de la factura del teléfono, siempre con los celos a flor de piel cada vez que partías hacia la ciudad sin nombre, o el país, la región, comunidad o lo que fuera, con el nombre hecho tabú, para pasar una temporada en su casa; veinte años machacando con el infundio de que sólo te quieren porque les recuerdas a su hijo o a su hermano, y claro, como que le reconcome la mala conciencia y he ahí la verdadera razón de su terquedad a lo largo de todos estos años..

Una vez más confundiendo los deseos con la realidad. A qué si no esta aguja del velocímetro a punto de estallar, la fuerza con la que estampas la marca de mis manos en el cuero del volante, estas lágrimas desmandadas que brotan por tus mejillas, la obstinación en borrar de tu memoria la monstruosidad que escuchaste de boca de tu prima la noche anterior.

Quiero atrapar al vuelo a la mujer desnuda que hay en mí.

Otra vez Luz para el camino de vuelta, lo que habías dejado en la disquetera, dices. En todo caso, evitar en lo posible la tercera canción del disco convertida ya en maldita, sólo las tristes pueden atenuar la rabia que se acumula en tus extremidades y que, de no aflojar, sobre todo en lo que concierne a las inferiores, te aseguran un susto que, dependiendo de la rasante, la orografía al otro lado de la valla metálica y acaso también de la competencia de los servicios de mantenimiento de la empresa que gestiona la autopista, puede que acabe en un amasijo de hierros y vísceras.

Mama no soportaría la pérdida de otro ser querido. De hecho, a duras penas ha podido hacerlo con la de vuestro

padre, veinte años con el alma en luto, el cual, por porfiado y puede que también porque a ratos, en especial los más relajados en familia, a destacar las navidades y vísperas de vacaciones, es decir, aquellos que ella os las arruinaba con la evocación que en ese momento juzgabais, no sólo fuera de lugar, sino también teatralizado hasta dar en pura pantomima, de la muerte de vuestro padre, a vosotros, sus hijos, en lo que bien podría calificarse de un prejuicio muy de la tierra en la que habías nacido, a veces estabais tentados de achacar a su origen extremeño, imaginándola arrebuja de negro en la plaza del pueblo de sus padres bajo un sol de justicia y un par de moscas cojoneras como única compañía. Cualquier mortificación era poca para una mujer a la que los curas de su época y de su casa le habían inculcado el placer de la penitencia, aunque la culpa fuera de otros; el cristianismo siempre nos reserva una cuota de la misma para impedir que tengamos la conciencia tranquila en demasía y bajemos así la guardia, que no se nos olvide que a este mundo hemos venido a sufrir, y vive Dios, sobre todo si creemos en su existencia, que no hay peor sufrimiento que el de los remordimientos.

—Mama, la vida continua.

Mama, nunca más ama como cuando todavía vivíais allí arriba y en casa de los abuelos se empecinaban en que os dirigierais a ella con palabras de una lengua que ellos decían vernácula, aunque ninguno la hablaba con la suficiente soltura, como mucho unas pocas palabras para llamarse o despedirse que habían incorporado a su vocabulario de a diario como marchamo de una autoctonía que se creían en el deber de reivindicar a cada minuto, y otras que les eran propias por ser el legado, meramente testimonial, que aquella lengua extinta había dejado en su castellano aprendido desde la cuna.

—Malditas sean su lengua y todas sus costumbres, maldito todo lo suyo.

Si te hubieras ido con una ONG a Afganistán no le habría importado tanto, puede que hasta se hubiera sentido orgulloso de ti, ella siempre quiso ser misionera, ayudar a los negritos y, aunque esta pasión benéfica se redujo a la hucha del Domunt con la que acechaba los domingos a la salida de misa a sus paisanos en la plaza del pueblo, que alguno de sus dos hijos siguiera sus pasos.

Una señora de misa diaria.

Sabes que no todo serán reproches, que al final cederá a tus llantos, puede que incluso se deje ablandar antes de lo que esperas, sorprendida, quizás hasta asustada, por una mansedumbre que en ti sólo se le podrá antoja inaudita, la antesala del drama. Aunque eso sí, temes que lo haga a su muy cristiana manera, esa con la que finge condescender con las faltas ajenas porque, de acuerdo con su texto de cabecera, quién este libre de culpa que tire la primera piedra. Pura fachada que sólo responde a esa prepotencia a la que se cree con derecho por haber llevado luto durante más de veinte años.

Una señora de una fe a prueba de bombas.

(creo que no podía haber escogido un símil más desafortunado)

Una señora de una paciencia sin límites.

La que decía que había que tener contigo, poco más que su penitencia de andar por casa, otra que añadir a la larga lista que se echa a cuestras para lo de ganarse el cielo. Como si no tuviera suficiente con la de tu padre, ya que va de eso, de mística a todas horas, y encima te reprochaba que habiéndolo presenciado todo, como cree ella que tuviste que hacerlo aquel día, todavía tuvieras el valor de llevarle la contraria cuando afirmaba que no podía haber un crimen más horrible

que aquel que obliga a una niña de ocho años a asistir al funeral de su propio padre. Para qué repetirle por enésima vez que cuando el coche saltó por los aires tu ya te habías retirado de la ventana en la que habías permanecido ensimismada unos segundos antes mirando al cielo. Un cielo que aquel día recuerdas increíblemente despejado, sobre todo si tenemos en cuenta que estabais en pleno febrero prepirenáico, puede que incluso brillara el sol en lo que, medio en broma, medio en veras, se podía haber considerado un acto de infinita gratitud por su parte, una tregua en mitad del invierno ártico en el que amanecíais todas las mañanas, razón por la que es probable -aunque no te atreves a afirmarlo tajantemente- que apenas un minuto antes del que sin lugar a dudas ha sido el momento más aciago de tu vida, por lo tanto también aquel al que se suele referirse tu madre a modo de acicate de tu conciencia, e inmediatamente después de haber devuelto a tu padre el beso con el que éste acostumbraba a despedirse cada mañana tan pronto como asomaba a la calle, estuvieras contemplando al astro rey y no al hombre que había salido disparado hacia su coche aparcado a escasos metros del portal de vuestra casa.

El horizonte se perfila oscuro, sin opción

Lo último que te faltaba es que se pusiera a llover, sobre todo ahora que parece haber recobrado la cordura y que procuras conducir con verdadero tiento tu monovolumen, verdadero compañero de fatigas, sin ir más lejos las que de un tiempo a esta parte parecen acompañarte allá donde vayas, que no te ubicas en ningún sitio porque crees que siempre acabarás huyendo, o al menos eso es lo que piensas, convencida, hoy más que nunca, de haber nacido bajo esa mala estrella a la que responsabilizas de todos tus errores y desgracias. Conduces, ya menos exasperada de lo que esta-

bas al inicio de este viaje inopinado, lo más sensatamente que puedes teniendo en cuenta que tu estado de ánimo no es precisamente para tirar cohetes, siquiera para jugar a los fitipaldis con tus compañeros de autopista; siempre habrá un descerebrado dispuesto a jugarse su vida y la del prójimo con tal de sentir la adrenalina a la que se cree con derecho por conducir un último modelo, o acaso uno de esos coches manipulados en un taller hasta convertirlos en remedos de platillos volantes. Tendrás que reducir todavía más la velocidad porque tu impericia al volante es tal que bastan cuatro gotas de lluvia sobre el retrovisor para que el corazón se te ponga en un puño.

—¿Aquello que se divisa a lo lejos no son las torres de la catedral de Burgos?

Aquel día, en cambio, también lucía un sol espléndido, magnánimo. Yo creo que todo resplandecía a tu alrededor, achaquémoslo a los efectos de un optimismo exagerado o algo por el estilo. El caso es que no cabías de gozo debido a que por fin habías decidido a aceptar la oferta de tu tío. Una oferta que él jamás se habría atrevido a hacerte, hasta tal punto temía o respetaba a tu madre su familia política —y perdóname si el epíteto tiene más miga de la necesaria—, de no haber sido por tus repetidas quejas cuando Ignacio se interesaba por tu trabajo en el bufete, digamos que en uno de los que dicen más reputados de Madrid, esto es, de los que más facturan y poco más, no vayamos a joderla, que a saber si ahora no vas a tener que volver a llamar a la puerta del mismo para suplicar un puesto con la cabeza más gacha de lo que ya la tenías la primera vez, otra recomendada llamando a las puertas del éxito, la sobrina de un antiguo socio. Motivo de sobra para que los novatos, como tú, sufrierais todo tipo de arbitrariedades, prácticamente hasta decir basta; abre esa puerta, y no sólo para que entre el aire, que me voy,

no puedo más, todo el santo día trabajando como una burra por un sueldo poco más que hipotético y aguantando los malos modos de los que sólo estaban un peldaño por encima de mí, inconmensurablemente complacidos de tener a alguien a mano, alguien siempre con un pie a cada lado de la puerta, con el que resarcirse por todo aquello que decían, poco más que a todas horas, y casi siempre junto a la máquina de café de la oficina y con uno o dos pitillos en la mano para dilatar la cháchara hasta la hora de la salida o así, que tenían que tragar de parte de los jefes, unos auténticos chupasangres, todo el día de comilonas con los clientes, potenciales y no, y a continuación de pagar la cuenta lo que se terciara, que por algo esas visas oro de las empresas son lo más parecido a una varita mágica, sobre todo a la hora de querer complacer al caradura de turno en el pub de al lado y con la fulana más cara, y eso cuando no de fin de semana y partidas de golf. Aunque, eso sí, por mi parte, de los verdaderos jefazos, y no del subalterno soplapollas con ínfulas de general en el trato con los novatos, ni la más mínima queja, unos verdaderos señores, no por nada llevan medio siglo siéndolo y además se podría consignar como deformación profesional, sólo había que ver con gente de qué pelaje tenías que tratar. Al principio tus jefes te hicieron creer que medio Serrano o por el estilo, luego ya te fuiste percatando de que, aunque también, vuestra clientela se circunscribía más que nada a *la crème de la crème* del facherío especulador y con vocación de apisonadora que poco a poco, ladrillo a ladrillo, maletín tras maletín, iba levantado un cerco de hormigón alrededor de Madrid.

—Nunca tuve vocación de leguleya.

Eras incapaz de enredar a nadie con ambigüedades y componendas legales, las cuales, además, también a ti te costaban entender, cuando no te olían a fechoría encubierta, con

todas la de la ley, y nunca mejor dicho. No estabas hecha para camelarte a nadie, menos aún a un juez, y no por un elevado sentido de la ética profesional, esa moral con la que tu madre te martilleaba la cabeza a todas horas -aunque sólo lo fuera con el propósito de inculcarte un sentimiento de diferencia respecto al resto de los mortales que no merece otro calificativo que de aristocracia del dolor o en ese plan-, o por cualquier otra consideración que no tuviera que ver única y exclusivamente con la pereza.

—Lo único que busco allí arriba es una vida relajada y un trabajo sin mayores complicaciones.

No las podía haber en la empresa de tu tío Ignacio. Él afirmaba ser consciente de que para una universitaria con tu experiencia el trabajo que te ofrecía quizás podía saberte a poco. Al fin de cuentas, responder a las llamadas, tomar nota de los pedidos y aprovechando ese master tuyo en finanzas, algo que para él sonaba a números y con eso ya le era suficiente, que para eso te contrataba, para llevar la contabilidad y el poco más del principio. Incluso te enterneció que él creyera que te animaba cuando aseveró que por lo menos podrías practicar tu pulido inglés de Berkeley; parece ser que el gasto en teléfono y papel de fax se había puesto por las nubes debido a que el anterior administrativo tenía problemas para entenderse a la primera con el paquistaní que les suministraba las cazadoras de cuero y ante, abrigos de astracán y una inclasificable gama de artículos de marroquinería, según Ignacio prácticamente a un precio por el que hasta habría sido capaz de renegar de Cristo y cumplir debidamente con el precepto de emigrar a la Meca una vez en la vida y todas las que hicieran falta.

—Tranquila, que aquí vas a estar a tus anchas, que nadie te va a molestar para nada.

Eso era precisamente lo que ella no entendía, o no estaba dispuesta ni a intentarlo, que quisieras hacer tu propia vida, es decir, lo más lejos posible de ella, de las misas de los jueves a las que no tenías más remedio que acompañarla porque eras la única de la casa que tenía carné de conducir, de un novio que, aparte de haberse revelado como un verdadero capullo, encima se había convertido en su ojito derecho, o como decía ella, un señor de los pies a la cabeza, o proyectado de, y con el que, faltaría más, nunca te iba a faltar de nada, y quizás por eso mismo lo de capullo. Y qué decir, ya yendo al meollo del asunto, de esa constancia suya, veinte años nada más y nada menos, de querer predisponeros a ti y a tu hermano en contra de vuestra familia paterna, que cada vez que subíais a visitar a los abuelos, con el tiempo como mucho dos o tres veces al año y luego con cuentagotas, aprovechando la agonía de tus abuelos incluso hasta después de muertos, os hacía prometerla, no sólo que no pasaríais más tiempo del establecido tras una dura negociación telefónica, sino, además, que no se os ocurriría, ni por asomo, salir por ahí de excursión, ni siquiera bajar a la calle a jugar con otros niños que no fueran vuestros primos, unos niños cuyos padres podían entrañar siempre una desagradable sorpresa. De modo que, por miedo de vuestros abuelos a contrariarla, con lo que es ella, os pasabais encerrados todo el santo día en casa de los abuelos, quién sabe si con la esperanza de que os murierais de asco enseguida, y puede que hasta de que se os quitaran las ganas de repetir al mes siguiente. Y encima se justificaba diciendo que todas aquellas restricciones eran por vuestro propio bien; hacedme caso hijos míos, esa gente de allí arriba es poco de fiar, no nos quieren, y si no recordad lo que le hicieron a vuestro padre, cómo nos trataron, que casi tuve que pedirles perdón por haberme casado con él.